

Frankenstein és massa humà per viure entre els humans; els replicants de *Blade Runner* també són massa humans, motiu pel qual han de ser eliminats. Potser més que els perills, els relats de ficció ens mostren les quimeres o les falses il·lusions que ens ofereixen una ciència i una tècnica que no són conscients dels límits que tenen. En el fons dels relats de ficció, hi ha la convicció que existeixen uns límits que la condició humana mai no podrà superar.

Segons el meu parer, no es tracta tant de saber quins són els límits que cal imposar a la ciència o a la tècnica, sinó de repensar el concepte aristotèlic de saviesa pràctica per tal de saber discernir allò que és sensat d'allò que no ho és. La investigació de l'espai al preu que sigui, no és una cosa insensata? Té alguna utilitat? Preguntes semblants es plantejava Petrarca a l'inici del Renaixement quan, llegint les *Confessions* de sant Agustí, reconeixia que els homes es preocupaven massa del món exterior i descuidaven el seu interior. Que hi hagi vida més enllà del nostre planeta o que puguem reconstruir el Big-Bang, són qüestions realment rellevants per a la vida de les persones? El fet de manipular genè-

ticament els embrions —més enllà de la utilitat terapèutica que té—, ens permetrà obtenir un ésser humà perfecte? O hem oblidat que l'ésser humà no depèn només de la biologia? Aquestes reflexions, i d'altres, són les que planteja la ficció a través de pel·lícules com ara *2001 Una Odissea a l'espai*, de Stanley Kubrick, o *Gattaca*, d'Andrew Niccol, per citar-ne dos exemples.

La coda final, en què l'autor exposa alguns interrogants sorgits dels autors estudiats però on també expressa unes altres inquietuds en relació amb el tema del pensament, crec que hauria guanyat en profunditat si hagués contrastat les aportacions dels filòsofs amb relats de ficció pel que fa a la comprensió de la ciència i de la tècnica. La ficció, en efecte, no és el contrari de la realitat, sinó el seu complement, de la mateixa manera que, parafrasejant Pascal, la imaginació no és el contrari de la veritat ni de l'error. També en l'àmbit de la ciència i de la tècnica.

Josep Hereu

Col·legi Mare de Déu de les Escoles Pies



ROCA JUSMET, Luis (2010)

Redes y obstáculos

Alicante: Editorial Club Universitario

Frente a los dormidos, que pretenden vivir en mundos propios y aislados, el viejo Heráclito nos conminaba a mantenernos despiertos, compartiendo el *lógos*, con su dimensión lingüística o simbólica, en tanto que garante de habitar un universo común. Una dimensión simbólica que, sin embargo, se ha desvirtuado a conveniencia a lo largo de la historia.

Para empezar, el condicionante pragmático de búsqueda de puntos de referencia fijos y estables, y más específica-

mente el afán de facilitar la cohesión y el control social, ha conllevado que prevaleciera la función de reconocimiento en detrimento de la de expresión. O, más en concreto, se ha tendido a valorar más el sentido literal de las palabras que su sentido metafórico, la memoria que la imaginación, o la forma sistemática que la fragmentaria. Por otro lado, a menudo se ha pretendido —como en el caso de la religión o el nacionalismo— presentar como único orden común lo que no es

más que el interés de un grupo, imponiendo determinado imaginario social, lo que reduce el sentido del lenguaje al de determinado idioma o el del pensamiento al de determinada ideología. U otra forma de distorsionar a conveniencia el sentido de lo simbólico ha sido la propia de la denominada «hermenéutica simbólica». Y cabe señalar que la crítica que Luis Roca Jusmet realiza a la misma en este texto es ya de por sí un motivo suficiente para recomendar su lectura. Autores como Mircea Eliade, Gilbert Durand o Carl G. Jung procederán a un desplazamiento semántico, según el cual lo simbólico no sólo sirve para referirnos a realidades ausentes, sino también para aludir a una realidad trascendente (lo *sagrado* o *numinoso*). Ello al margen de incurrir en la contradicción de menospreciar el lenguaje, frente al poder evocador de las imágenes..., ¡con palabras!: «La cuestión es que todos estos apologistas del símbolo caen en la contradicción de querer conceptualizarlo, tratamiento que teóricamente consideran inferior, con lo que su propio discurso parece desmentir lo que dicen. Si fueran consecuentes, se limitarían a mostrar la imagen simbólica sin querer transformarla en un discurso teórico» (p. 39).

Hoy en día, sin embargo, lo que abundaría sería la pretensión de rechazar el orden simbólico-lingüístico que nos une (junto a la indeterminación de lo real, racionalmente esquivo, que nos uniría aún más). El narcisismo y el individualismo contemporáneos pretenden que cada uno viva aislado en el mundo personal de lo imaginario, algo de lo que autores como Richard Sennett nos vienen alertando desde hace tiempo en obras como *El declive del hombre público* (Península, 1980) o *Narcisismo y cultura moderna* (Kairós, 1977). Una tendencia que se ha agravado últimamente con el auge de la realidad virtual, la cual contribuye a «tejer una red sin límites corporales ni simbólicos» (p. 117).

Entre el peligro tradicional de sobrevalorar el orden simbólico y el de sobredimensionar el orden imaginario, característico de nuestra época, Luis Roca Jusmet aboga por construir una subjetividad «que debe evitar la polarización si no quiere caer en la rigidez de la sociedad tradicional o en la inconsistencia de la sociedad líquida». Ello pasa por reivindicar la fantasía, en tanto que «guión imaginario» capaz de articular el orden imaginario del deseo con el simbólico de la consciencia de los límites que conlleva la convivencia con los demás (p. 111). Por otra parte, el sujeto del deseo no posee una identidad monolítica y (auto)transparente, sino que, por un lado, se halla condicionado y en buena medida ya formado por «el conjunto de cosas vividas y cosas oídas», que hemos ido acumulando a lo largo de nuestra vida, y que supone que nunca partamos de cero cuando nos planteamos un deseo consciente; o, por otro lado, este sujeto se halla transido por escisiones internas, como la generada al irrumpir en el orden simbólico y la consiguiente división entre sujeto de enunciado y sujeto de enunciación.

Así entendida, la fantasía nos servirá para tejer la red que acaba configurando el sentido de nuestras vidas (y cabe señalar el acierto de recurrir al concepto de red en este contexto, dado que conlleva la doble connotación de ser algo que hacemos o «lanzamos» voluntariamente, y a la vez la de ser aquello que nos determina o nos «captura»). Pero cabrá estar al acecho para sortear el peligro que siempre se halla presto a asaltarnos a lo largo del camino, como es el de caer en la «ilusión», en tanto que negación u «obstaculización» de lo abierto del proceso, a través de la identificación con determinada imagen concreta y prescindiendo de la siempre deseable distancia crítica. E incluso, yendo un paso más allá en la misma dirección, asoma el riesgo del «delirio», propio de las creencias religiosas y otras formas de fanatismo. Frente a estas deri-

vas, se trata, según Luis Roca, de mantenerse fieles a «lo enigmático que aparece en la fisura de la palabra, el símbolo o la imagen».

Al margen de que se esté de acuerdo o no con el planteamiento teórico del autor, cabe mencionar un par de virtudes innegables del libro *Redes y obstáculos*. Una es la de ayudar a clarificar el sentido de nociones como las ya referidas de «imaginario», «real», «simbólico», «fantasía», «ilusión» o «delirio», pues el autor realiza una presentación de las mismas a partir de distintos autores y escuelas de pensamiento. Y otra virtud, complementaria a la anterior, es la de facilitar la comprensión de los pensadores más destacados de la tradición psicoanalítica. Una tradición con la que Luis Roca Jusmet se identifica, pero ni mucho menos de forma acrítica. Así, por ejemplo, del propio Freud dirá que peca de reduccionismo al limitar el campo de la interpreta-

ción de la fantasía al componente sexual, o recriminará a Lacan que presente el cuerpo como algo solo propio del orden imaginario o un producto cultural: «la realidad del cuerpo es, precisamente, lo que se resiste a cualquier consideración culturalista de la realidad. El cuerpo es biología y es él el que nos enfrenta al placer y al dolor, a la enfermedad y a la muerte. Por tanto, es lo que nos inmuniza frente a una concepción de que el yo es una simple invención cultural. Y también es lo que nos permite salir de un relativismo que nos separa por culturas en mundos cerrados heterogéneos, ya que esto es lo común, lo que nos une a todos». Es decir, el *lógos* o la razón común de Heráclito, en definitiva...

Pere Saborit
Universitat de Barcelona

